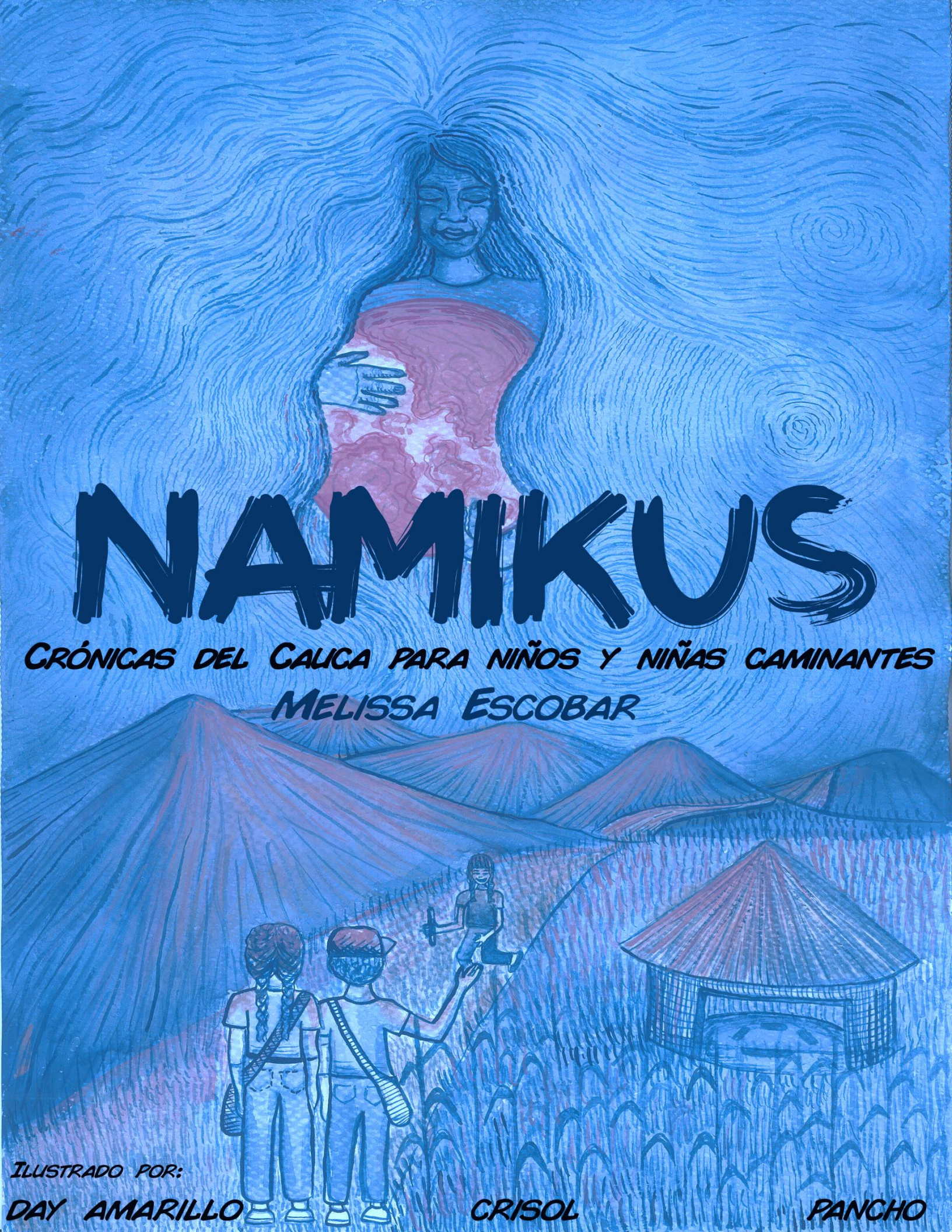


NAMIKUS

Crónicas del Cauca para niños y niñas caminantes

Melissa Escobar

Ilustrado por:

Day Amarillo Crisol Pancho

A la tierra libre

Y al Manolito, Árbol loco.

Contenido

Viajar la Palabra para Liberar las Ciudades.....4

Abre Caminos

Río de los Sueños.....7

Los Fabricantes de tumbas 10

La Casa del Duende.....13

Resistencia y Combate

Pájaros de Mentiras, Aves de Verdad.....17

Utopías de una Cabuya.....19

Rituales

Todas las Semillas son Úteros Itinerantes – Saakhelu.....23

Un Banquete por los Muertos de América – Cxapuc.....25

Mensajes del Viento.....27

* * *

Viajar la Palabra para Liberar las Ciudades

"Yo tengo tantos hermanos
que no los puedo contar,
y una novia muy hermosa
que se llama ¡Libertad!"

(Atahualpa Yupanqui, 1936)

En las abuelas montañas del Cauca comenzó esta historia. Mis amigos y yo dibujamos un camino que nos llevó al encuentro con los mayores Nasa, acompañados de un cielo al que ofrendamos todo para que nos guiara con su inmensa sabiduría. La cúpula que nos llegaba hasta los tobillos, y nos volvía invisibles, se convirtió en nuestro refugio. Gracias a ella pudimos remangamos el miedo para liberar la tierra y de esa manera caminar seguros sobre el fango hondo y violento. Con los días organizamos una rutina que consistía en abrir los ojos, antes del amanecer, para trabajar con la frescura del sol que ilumina aún escondido tras la montaña. Aprendimos las labores de la tierra sumergiéndonos en el paisaje de este pueblo que se arrodilla únicamente para sembrar. Por encima de los intereses de la guerra protegimos la semilla pues algunos estaban más preocupados por adueñarse de las montañas, los ríos y los árboles, que por cuidarlos. Cuesta crecer tranquilo en medio de tantos dueños que aparecen, pero nosotros estuvimos dispuestos a estirar la fuerza de todas las raíces.



Durante el compartir del alimento los mayores se tomaban la palabra:

-Las acciones de los caciques, decían, son de nosotros y de ustedes también. Nuestra lucha es en contra de todos aquellos que durante la historia han intentado adueñarse de la tierra, pues la tierra más que dueños necesita guardianes.

Con esas voces comprendimos que el cauca es un gran tejido y ahora nosotros hacíamos parte de esa mochila que se teje

por puntos de resistencia y cadenas de alimento. Sentimos la fuerza que estaba enterrada en las profundidades de la tierra junto con las raíces del maíz, el zapallo y el frijolito. Decidimos llevar el mensaje con mis amigos, desde el Cauca hasta las ciudades, porque queríamos empezar a pensarnos la vida de una manera distinta. Llevarnos a donde fuéramos el arte, la semilla, el alimento y todo lo que nos aliviara el alma y sanara los males de la tierra.

Las ciudades son pasillos por donde pasan miles de cabezas que no se amañan tanto. A sus al rededores se alzan bosques y lagunas que nos recuerdan que primero que los edificios hubo algo más. Algo escondimos con cemento para no ensuciarnos los pies de páramo, selva y mar. Por eso decidimos juntar fuerzas con los pueblos del Cauca y liberar las ciudades rompiendo el cemento para sembrar nuestro alimento. Ya éramos parte de la mochila, ahora teníamos que viajar el mensaje. Nos dispusimos a crear todo lo que imaginamos desde el respeto por la madre tierra. Nuestra curiosidad nos llevó a entender cómo nace una fruta o cómo se construye una casa, y pronto tuvimos en nuestras manos la posibilidad de crear el mundo que queríamos. Nos dimos cuenta que la libertad no la encontramos comprando azúcar de colores. La liberación ocurre cuando aprendemos de la naturaleza y construimos de la mano con ella para vencer al monstruo que está acabando con nuestros bosques y ríos. Al monstruo ya no le importa la muerte de los páramos ni el hambre de los pueblos, contamina con sus acciones y esclaviza a las mujeres y los hombres haciendo que olviden los conocimientos de la tierra que según las mayoras, se encuentran guardados en el eco errante de los ancestros. Por eso nuestra misión, desde entonces, ha sido escucharlos para poder esparcir la palabra.

Los pueblos indígenas siguen resistiendo y nos enseñan que es posible vivir en armonía con la madre tierra. Podemos vencer al monstruo pero para eso necesitamos a nuestros amigos. Es por eso que queremos compartir con ustedes, los niños y niñas caminantes, estas historias. Un ramillete de crónicas del Cauca que describen los caminos que atravesamos juntos. Vamos entonces a jugar en los bosques y montañas. A escuchar las historias sobre duendes y tumbas que este territorio tiene para contarnos. Que viaje la palabra para seguir resistiendo con la fuerza de todos los pueblos que nos enseñan que es posible soñar la tierra libre aquí y allá.

Abre Caminos

En el país de no me acuerdo
Doy tres pasitos y me pierdo
Un pasito para allí
No recuerdo si lo di
Un pasito para allá
!Ay, qué miedo que me da!

(Maria Elena Walsh, 1966)

Río de los Sueños

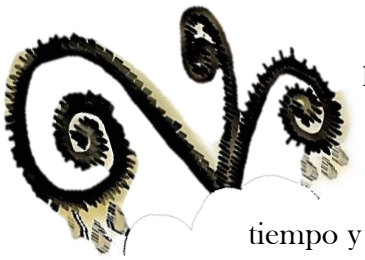
Sentimos el llamado del páramo. No podíamos dejar de imaginar nuestras mañanas rodeadas de frailejones y helechitos así que decidimos seguir el curso del Río Cauca hasta encontrar alguno de sus nacimientos. Para llegar hasta el páramo el río tuvo que atravesar caminos por donde se alzan montañas gigantes que dibujan en sus formas la cara del indio Americano. Estuvimos acompañando esos caminos y los gigantes, las montañas, a nuestro paso aflojaron las piedras como símbolo de bienvenida a la tierra del agua. Brotaban de sus formas aguas subterráneas y de lluvia. El río tenía el color del agua de panela y en su movimiento parecía como si avanzara por el centro de una gran olla hirviendo. Las montañas crecían con la piedra para hacerse más sabias, mientras los ya viejos frailejones se extendían firmes por sus faldas hasta donde daba la vista. Nuestro destino era el kilómetro 62, por la vía Inzá-Totoró, hogar del gran bosque alto andino. Allí el tiempo era de las montañas; se media en lunas, se contaban las noches, pero no existían las horas. Los indicadores de tiempo, para los que íbamos a pie, eran los momentos en los que nos reuníamos para compartir el alimento, el resto del día trabajabamos fuerte la tierra.



En la noche de nuestra llegada fuimos recibidas con la gran luna llena. En un recipiente de arcilla quemada las mayoras hicieron un preparado de plantas de alegría, ruda y brasa para limpiarnos con el humo y empezar la travesía hacia el centro de la montaña. Anduvimos una hora entre el barro y los

helechos, que recién nacidos, forman espirales cubiertas de un líquido baboso y pegachento. Con esa baba nos curamos las heridas mezclando el líquido con la sangre; tuvimos a nuestro alcance la medicina de las plantas. El piso de musgo era para nosotras como estar flotando, casi ni sentíamos los pies. Decidimos construir un caminito para nuestros pasos y así el resto del paisaje podría permanecer intacto. Estuvimos durante treinta lunas armando puentes y senderos que nos permitieran recuperar el jardín botánico que hace doce años había tenido que ser abandonado a causa de la guerra. Para recuperar el bosque era necesario hacer un inventario de las especies de plantas y animales que allí se encontraban. Con la ayuda de Taita Javier identificamos *Siete Cueros, Encenillo, Chusque, Guardarocío* y algunas especies de *Tijiki*, además de aves e insectos que a pesar de la guerra permanecieron en el bosque.





-Estamos volviendo porque hace años tuvimos que salir del territorio debido a la presencia de grupos armados. Dice la señora María mientras caminamos. Trabajamos para que todos los que huyeron hacia montañas y ciudades, vuelvan a este espacio que hoy es un pueblo fantasma. Las casas están abandonadas y el tiempo y la guerra se lo han llevado todo. Hay que recuperar el bosque sembrando árboles que traigan de vuelta los vientos y el suelo húmedo para ayudar al rio y a la semilla. Para que cante el pájaro más fuerte que el eco de los gritos y las balas de esos tiempos violentos.

Como nosotras, muchos sintieron el llamado del páramo y las noches entre helechitos avivaron nuestros sueños que en ocasiones fueron pesadilla. De cualquier forma, todas las mañanas entregábamos al rio nuestras visones mientras nos lavábamos el cuerpo en sus aguas. Decidimos entre todos cambiarle el nombre al río porque mucho antes de la reciente guerra los invasores de estas tierras lo apodaron *río sucio* desconociendo la fuerza de su color oscuro. Lo llamamos de ahí en adelante *Río de los Sueños* por lo que en él guardamos. Hicimos un ritual de armonización, en uno de los brazos del río, para darle a conocer su nuevo nombre. Al fondo la caída de agua escondía unas escaleras cubiertas de musgo que conducían hacia una cueva en donde hace mucho tiempo se realizaban ofrendas; sentimos que ese era el lugar indicado. Cuando estuvimos allí,



protegidos por las piedras del indio, la música hizo del secreto un eco traducible. La montaña recibió con agrado el sonido de la quena, el charango y el tambor. Ofrendamos con música mientras el cielo corrió sus nubes y la luna madre iluminó nuestros rostros. Las luciérnagas formaron hilos de luz en el aire.

Contaron los taitas que el gran espíritu de la naturaleza puede hacer que nos perdamos si no caminamos con respeto. Entendimos que su espíritu deambula por todas partes, camina con nosotros, nos protege pero también nos persigue. Hacer ofrendas y brindar con él es imprescindible. Nos dijeron que si no encontrábamos el camino lo mejor era seguir la ruta de las luciérnagas. Así que nos sentimos profundamente protegidas con los hilos de luz que fueron descendiendo hasta perderse en la copa de los árboles que nos mostraban, en la noche clara, las nervaduras de sus hojas. Supimos gracias a las luciérnagas que íbamos por buen camino. Hacer limpieza y andar con ruda o maíz en los bolsillos también es otra forma de demostrar respeto guardando, junto con nosotras, una parte de la madre tierra.

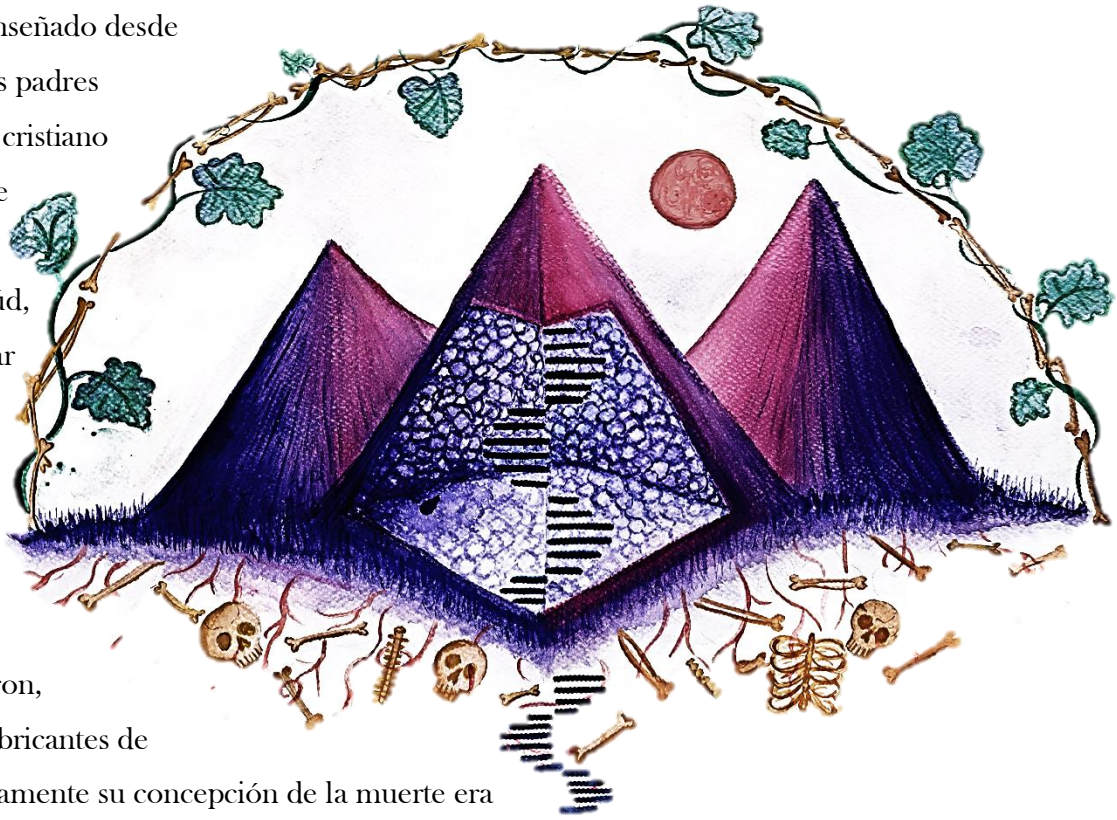
Mama Ana prepara las masitas de la mañana siguiente y entre el humo caliente de nuestros cuerpos y el café, planeamos el retorno. Hay que volver a la montaña, recuperar el bosque y los sueños del río.

Páramo de Gabriel López,

Los Fabricantes de tumbas

En San Andrés de Pisimbala pisamos territorio fronterizo entre los departamentos del Cauca y el Huila. Bajo esta tierra se esconden secretos de dos culturas muy antiguas que en un momento de la historia intercambiaron conocimientos sobre la tierra, el cosmos y la muerte. Para ese entonces la guerra no era su principal forma de relacionarse, por el contrario, el intercambio aseguraba periodos de paz. Las tierras más calientes permitían los brotes de cabuya, frijol, maíz y sal para el trueque, mientras que en los lugares más altos se tejían ruanas, anacos o cusmas para aliviar el frio. Esto permitía que en medio del intercambio también se compartiera la palabra que, de boca en boca, fue mezclándose con las costumbres de cada región.

Todas las montañas en este lugar son pirámides que dibujan entre sus formas un mundo sagrado de muerte y adoración. Mientras ascendíamos desde Inzá hasta las pirámides, escuchábamos las historias de los ancestros y pensábamos en la muerte de una manera distinta a la que nos habían enseñado desde siempre. Nuestros padres practican el ritual cristiano en el que luego de enterrar al cuerpo en un ataúd, tenemos que llorar a nuestros muertos durante nueve noches seguidas. Los antepasados que por aquí anduvieron, fueron grandes fabricantes de tumbas, pero claramente su concepción de la muerte era muy distinta a la que hoy practicamos. Constituía un acto de suma importancia para las comunidades, pues se creía que el espíritu después de abandonar el cuerpo quedaba en una especie de limbo que



necesitaba el acompañamiento de alimento y fermentos. Toda una preparación que incluía la fuerza de los colores en las pintas de las tumbas, además de elementos de valor que generalmente eran piedras y metales. Al muerto había que darle buena vida también en el recuerdo, por eso se procuraba que la estructura de las tumbas pudiera perdurar en el tiempo como un acto de inmortalidad.



En ese momento pensamos en nuestros muertos y nos gustó la idea de que su espíritu siguiera con nosotros. Las imágenes que guardamos de ellos se volvieron más hermosas cuando los imaginamos comiendo y bebiendo de todo lo que nosotros en vida aún les podíamos ofrendar. Siempre tuvimos un apego irremediable por el cuerpo de nuestros seres queridos pero allí entendimos que en el pensamiento, quizá, los queríamos mucho más. Convertimos a nuestros muertos en dioses luego de la visita a las tumbas de los antepasados. Gritamos sus nombres y quedamos llenos de curiosidad por los entierros, que para ellos son la siembra de su gente.



El tratamiento del cuerpo comenzaba en las tumbas primarias que generalmente estaban situadas cerca al lugar donde habitaba el muerto. Allí se sembraba el cuerpo junto con sus pertenecías, comida y chicha. Luego se guardaban en urnas los huesos que quedaban. Estas urnas se sembraban en las tumbas secundarias, que son profundas cuevas subterráneas a las cuales se ingresa por unas escaleras en caracol que giran y giran hacia el inframundo. Según la jerarquía del muerto se pintaban las paredes con achiote, carbón, sangre de animales y otros elementos que pudieran dar vida al negro, rojo y blanco, como colores primordiales que sobreviven el paso del tiempo. Se devolvía a la tierra, durante el ritual de la muerte, lo que para entonces eran sus mayores riquezas: piedras y alimento sembrados junto con los cuerpos que aún bajo las montañas protegen el porvenir.

En los volcanes nevados del Puracé y Wendy, guardianes del territorio, aprendimos de la muerte. Todas estas pirámides se encuentran bajo el abrigo de los volcanes de donde nacen los hijos de Pisimbala. Ellos continúan abriendo camino desde la raíz sembrada en la tierra, recordándonos que la fuerza de su

pueblo viene del ombligo de los ancestros sembrado en las grandes tumbas que son las montañas. Los ancestros nos acompañan en la sangre, resguardando las semillas de las nuevas generaciones que volverán a sembrarse. Del cuerpo ya descompuesto nace el árbol que nos protege del desastre y la destrucción. Para que las montañas se puedan formar a nuestros muertos hay que sembrar. El pensamiento debe descontaminarse, al igual que la tierra, para a los espíritus alegrar y en el recuerdo se puedan quedar para siempre.

Tierra adentro,

La Casa del Duende

Chayutzet (en Nasa yuwe *planta de la Alegría*) lo había soñado y así fue. Los espíritus, en esta ocasión, avisaron mediante el sueño que debíamos hacer este viaje y allí dejar una ofrenda. Fuimos llamados a encontrar la casa del duende que se escondía bajo uno de los cientos de árboles que habitábamos. Nos habían indicado que en algún punto del bosque el camino se terminaba, así que la ruta debíamos descubrirla nosotros mismos sumergiéndonos en el vientre de la montaña para acompañar a Chayutzet en su búsqueda.

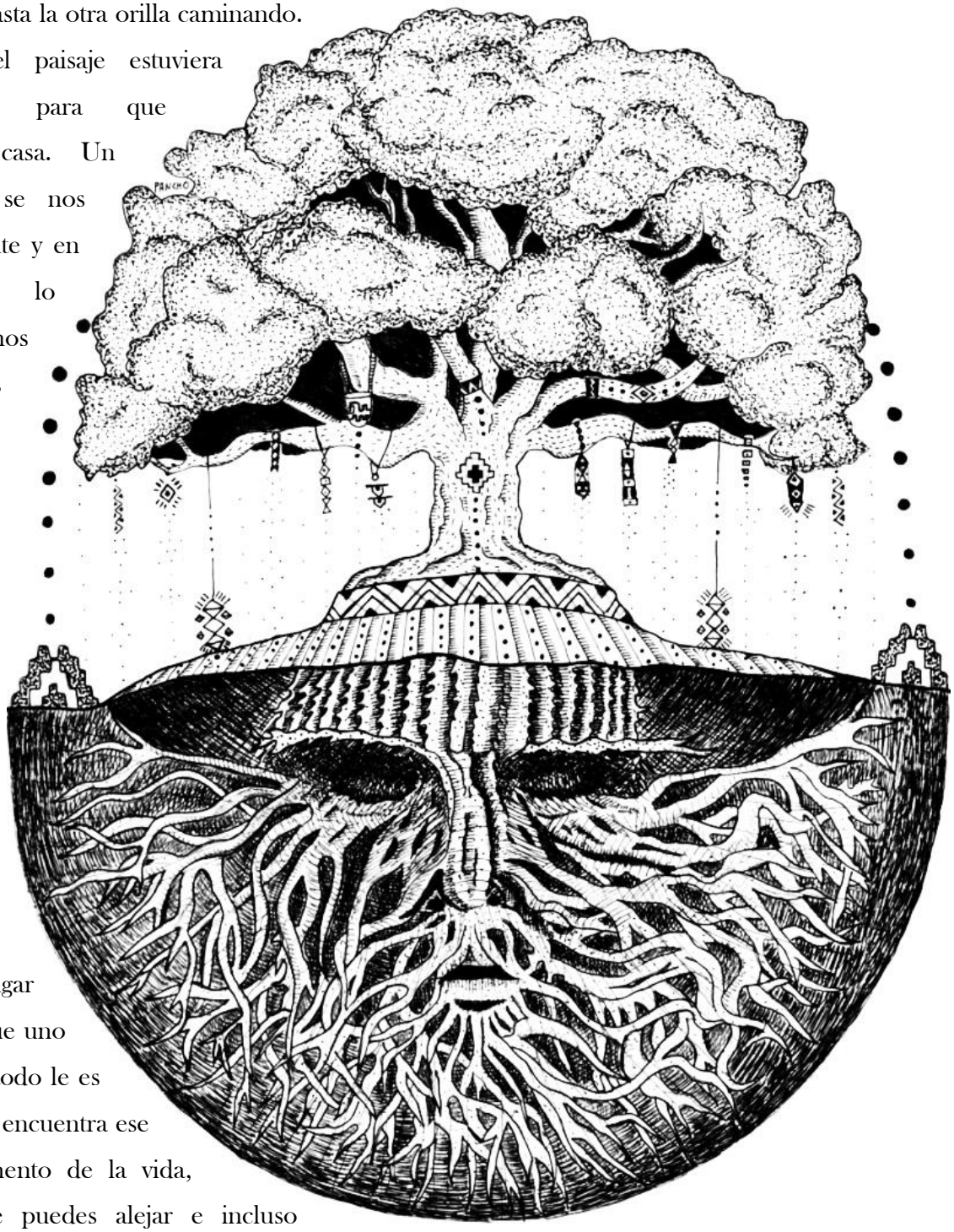
Primero el viento trajo el aroma de la rama del plátano que se corta para que no se pudra el árbol. En la platanera la cosa es así: los brotes madre engendran frutos que con el tiempo hacen que la planta se caiga por su propio peso, inmediatamente nace el brote hijo. El pedazo de brote madre, que queda al caer el fruto, se tritura en pequeños pedazos para evitar que el árbol contraiga enfermedades y de esta manera el brote hijo pueda crecer sano. Cuando llegamos allí comprendimos la infancia del plátano y su dulce olor. Habíamos encontrado un sendero demarcado por las huellas de todos los que en algún momento también fueron llamados por el duende, pero sabíamos que de allí en adelante era pura suerte de olfato la que nos iba a guiar. Volteando y escupiendo los malos pensamientos ofrendamos con chicha y un mastico de coca para pedir permiso y protección a la montaña.



Seguimos andando, construyendo camino, mientras recordábamos las historias sobre el duende que nos habían contado los niños: el duende es un ser pequeñito que tiene un sombrero de paja y le encanta jugar. Puede convertirse en nuestros familiares o amigos y pareciéndose, nos llama para perdernos en el bosque. Al duende le gusta la noche; y más si estamos solos. El bosque nos fue envolviendo y, de repente, estuvimos encima de un gran tapete de hojas secas. La naturaleza entre más lejos del pueblo, más viva. El olor era a tierra

negra. Con los arboles llenos de líquenes y hongos supimos que estábamos cerca o que por lo menos íbamos bien. Era temporada de lluvia pero el lugar por donde pasaba el río estaba seco, así que nos fue muy fácil pasar hasta la otra orilla caminando.

Parecía como si el paisaje estuviera disponiendo todo para que encontráramos la casa. Un sendero empinado se nos presentó justo al frente y en vez de rodearlo lo trepamos. Pensamos que desde las alturas tal vez podríamos divisar el árbol y así pasó. Cuando llegamos a la cima, lo habíamos logrado, estábamos del otro lado de la montaña y el árbol, la casa, el duende, lo sentimos cada vez más cerca.



El hogar, es ese lugar en el mundo en el que uno se siente tranquilo y todo le es familiar. Cuando uno encuentra ese lugar en algún momento de la vida, jamás lo olvida. Te puedes alejar e incluso perder, pero siempre existe un retorno así sea en el pensamiento. Cuando sentimos el árbol cerca, esa

era la sensación. Aprendimos que hay muchos lugares en el mundo en los que uno se siente así, como en casa.

Con el olor de la magia nos fuimos acercando y desprevenidamente la casa se nos presentó al frente. Cientos de tejidos de manos de mujeres y hombres, colgaban como frutos del gran árbol. Ofrendas que durante mucho tiempo la gente ha venido dejando allí a cambio de deseos para el duende. Estos deseos exaltan las virtudes y los dones de los peregrinos, que como nosotros, encuentran la casa. Tejedores, músicos, escritores, malabaristas, todo lo que hacemos para elevar el espíritu se entrega allí. En el caso de Chayutzet, su don se escondía en el canto y la música. La mayora entregó las arengas de sus días junto al Movimiento Juvenil cuando se recuperaron estas tierras. De la misma manera los demás entregamos arte, palabras y alimento.

¡Mientras no se apague el sol, seguiremos peleando! Y así fuimos rodeando el árbol, la casa de cada uno, cantando a la resistencia. Parecía que hubieran pasado horas. Lo cierto es que el tiempo se detuvo y el día se alargó hasta que felices bajamos de la montaña riendo, sabiéndonos más fuertes gracias a lo que entregamos en la casa. Esa casa que no tiene mapas ni coordenadas. Un tambor que llama desde el centro del pecho y que guardamos todos en lo profundo de nuestros dones.

Toribio, La Casa del Duende

Resistencia y Combate

No me pongan en lo oscuro
a morir como un traidor:
¡Yo soy bueno, y como bueno,
moriré de cara al sol!

(José Martí, 1891)

Pájaros de Mentiras, Aves de Verdad

Nosotras, las aves de verdad, nos encontrábamos ante un monstruo que obligaba a la semilla a crecer más rápido de lo normal. Cuando la guerra se esparció en nuestro territorio el paisaje ya no fue el mismo. Mirlas, garzas, chiguacos y loros tuvimos que treparnos en las montañas porque ya estábamos cansadas con la preguntadera. Que a qué grupo era que pertenecíamos, que si éramos guerrilleras, campesinas o indias, y mientras tanto, miles y miles de hectáreas del valle llenas de semillas esclavas que con el paso del tiempo se volvieron una sola: caña de azúcar. ¡Tiene que haber diversidad de semillas!, gritaban las mayoras y mayores mientras eran atacados por las águilas negras, pájaros aliados del monstruo.



Aquí el enemigo tiene estrategias increíbles para hacernos creer que es como nosotros y luego a punta de engaños dejarnos sin la tierra y sin el alimento. Se hubiera seguido repitiendo lo mismo de no ser porque, progresivamente, estos pájaros águila fueron cambiando en algo y nosotras lo

avisamos. Cráneos de hombre y en el pico un fusil. Estas no son aves de verdad. Son pájaros rellenitos de resentimiento que solo sirven para obedecer órdenes. Así se mueve el monstruo; poniendo para la guerra todo menos su propio pellejo. Por eso decimos que a los pájaros esclavos los podemos liberar enseñándoles a sembrar en vez de disparar.



Preocupadas decidimos bajar de la montaña. No íbamos a permitir que nos siguieran arrinconando mientras el valle se iba consumiendo. Había que tomar acción pronto y eso fue justo lo que hicimos. Empezamos a esparcir otras formas de relacionarnos tratando de convencer a todos esclavos de que es posible vivir de otra manera. Imaginábamos a los árboles ancianos creciendo libremente sin ser interrumpido su crecimiento por los tractores del monstruo. Un mundo con sombra que nos protegiera de brisas huracanadas de gas y de guerra, de odio y de fusil. Convocamos a las semillas nativas y libertarias: calabazas, leguminosas y gramíneas para que nos ayudaran en esa tarea. El frijol, el maíz y el zapallo no se pelean, todo lo contrario, se juntan unas con otras para recuperar la tierra truequiando nutrientes. Lo mismo pasa con la arveja, el trigo y la ahuyama. El mensaje estaba claro y con fuerza fue viajando hasta que en un parpadeo el valle se llenó de nuevas relaciones. Aprendimos de las plantas a darnos la mano por encima de las balas que tantos muertos nos habían dejado. Comuneros de todas las veredas fueron bajando de las montañas para acompañarnos en nuestra tarea de liberarnos, por fin, del sometimiento del monstruo que durante siglos nos había implantado el miedo.

La cosa no ha sido fácil, pero ya estamos volviendo. Vuelve el ave amiga y con ella el árbol, la sombra, el alimento, el gusano, las niñas, los mayores y todos los seres que alguna vez fuimos desalojados de esta, nuestra tierra. Los ojos de agua que todo lo ven, dicen que hacen falta muchas más aves en la lucha. Que bajen todas las aves verdaderas de la montaña a estirar las semillas del alimento. No queremos más pájaros hacendados ni con fusil. No queremos más esclavos, ni en la tierra, ni en los hombres, ni en los cielos.

Corinto,

Utopías de una Cabuya



Utopía, mi amigo, fue lo que hicieron los abuelos cuando se dieron cuenta de que era injusto que tuvieran que pagar, en trabajo gratuito, el derecho a vivir en las mismas tierras que les fueron arrebatadas por los terratenientes. Lo que hicieron fue convocar a toda la gente para que se despertara y, en vez de seguir trabajando como esclavos por un pedazo de tierra, se tomaran las haciendas completas de los terratenientes que por derecho ancestral les pertenecían.

A mí me contaron una vez la historia de una cabuya que se convirtió en cura para animar a la comunidad a recuperar esas tierras. La cabuya nació entre la tierra árida de Pueblo Nuevo y fue una planta generosa porque su cuerpo al crecer además de proveer de vestimenta, alimento y techo a hombres y mujeres que la veneraron por sus poderes milenarios; también participó en los movimientos que tiempo después se crearon para fortalecer la lucha indígena.

¿Sabías que para que un retoño de cabuya florezca y tenga la edad suficiente para aportar a la comunidad, tienen que pasar entre dieciocho y veinte años? Pues bueno, resulta que mientras el tallito crecía, los pueblos del Cauca estuvieron organizándose con sus utopías de la tierra libre. Alrededor de esa cabuya se recuperaron miles de hectáreas y fue siendo posible la construcción de una comunidad unida desde el trabajo colectivo como la única forma de acabar con la explotación, el hambre y la miseria. El retoño de la planta estuvo analizando durante su infancia toda la pelea con los terratenientes. Al pasar de los años, cuando ya tuvo edad suficiente y habiendo visto las luchas de su pueblo, alzó la voz. La penca de cabuya a los cuatro vientos gritó: "Ustedes los indígenas se relacionan tan familiarmente con la naturaleza, que ella, como madre, no tiene secretos para ustedes. Les habla y no los engaña, les habla y ustedes la escuchan; el mundo necesita de su acción liberadora. El Cauca está despertando del conformismo y la resignación". Era cierto, la cabuya se había levantado, tras años de estar contemplando su misión. Hay múltiples maneras en las que se puede tejer la unidad de los pueblos y en la espiritualidad la cabuya encontró la forma. Si nos hemos de reunir todos los días, pensó, a compartir la palabra de pueblos antiguos que también lucharon en contra de la represión de los imperios; que sea recordando que Cristo no puede estropear la cultura de un pueblo, que él nació entre los pobres y por ende la liberación es posible porque la gente comprometida está entre nosotros.



Con el despertar de la cabuya los indígenas siguieron liberando la tierra de los terratenientes, pero ahora con la fuerza de la raíz. Enraizar implica haber estado en las profundidades de la tierra para conocer cómo es que se juntan los caminos. La cabuya convirtió su cuerpo en cura y no fue fácil porque al hombre libertario se le persigue y amenaza. Quizá como cabuya hubiera podido seguir sosteniendo la

lucha desde el fondo de la tierra, pero su deseo fue mucho más allá. A pesar de la persecución, sus piernas resistieron el dolor de la injusticia. Es complicado deshacerse del miedo pero eso no se convirtió en un obstáculo. Se fue con el miedo al hombro a recorrer tierras lejanas. Se dio cuenta que la lucha de todos los pueblos es parecida y el monstruo el mismo. La unidad es eso que se teje en las profundidades de la tierra y se reproduce solo si lo permitimos y lo creemos posible. El hombre que fue cabuya viajó la palabra por los pueblos de Latinoamérica e hizo de su pasado un ejemplo contundente de que la palabra sin la acción es la muerte. La raíz que aún crece bajo los suelos del Cauca se enriquece con los pasos dados para que miles de cabuyas sigan naciendo curas, comuneros o médicos de la libertad.

A los hombres libres los matan, como te digo. Son asesinados por manos invisibles que duermen tranquilas porque al día de hoy no han sido juzgadas ni mucho menos perseguidas. En la mañana del 10 de noviembre los asesinos de hombres libres mataron a Álvaro Ulcué Chocué por cura, por soñador o por cabuya. Las armas más poderosas, mi amigo, siempre serán las utopías que se hacen realidad. Utiliza el miedo como motor y te harás más fuerte. Recuerda que un nuevo día amanecerá para aquellos que resistan y en el viaje sin retorno conviertan su cuerpo en ave o maguey.

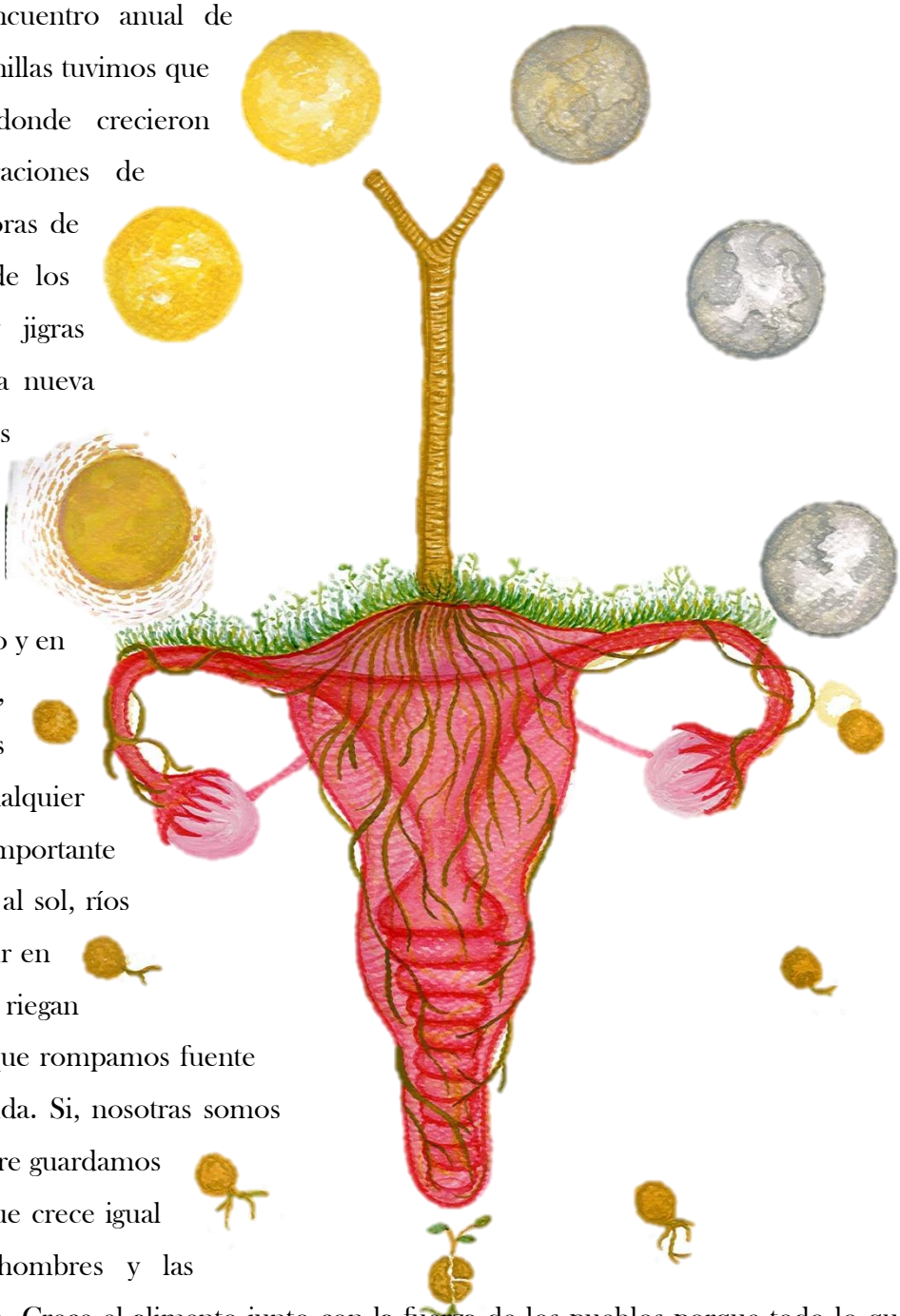
Pueblo Nuevo,

Rituales

"Si la sombra es
tu único aliado en la distancia,
no hay que creer
que por humano estas salvado
del ánima que sangra en ti"

(Caifanes, 1994)

Todas las Semillas son Úteros Itinerantes



Antes de llegar al encuentro anual de armonización, miles de semillas tuvimos que atravesar las montañas donde crecieron nuestras ancestras; generaciones de semillas hermanas liberadoras de la tierra desde el inicio de los tiempos. Entre manos y jigras acudimos al llamado de la nueva vida recibidas por montañas ancianas y chicas que cambian de temperatura de la cabeza hasta las faldas. Cambian en el viento y en el rumor de la lluvia, cambian en los colores según las alturas. De cualquier manera, para nosotras es importante ese cambio porque gracias al sol, ríos y mares se pueden convertir en nubes. Nubes de agua que riegan nuestros cuerpos y hacen que rompamos fuente para hacer florecer pura vida. Si, nosotras somos los úteros. En nuestro vientre guardamos el embrión del alimento que crece igual que el cuerpo de los hombres y las mujeres; calientico y seguro. Crece el alimento junto con la fuerza de los pueblos porque todo lo que es nace de algún útero itinerante. Se riega el agua en los poros de la tierra descubriendo cucarrones, escarabajos, mujeres y niños, todos esperando la llegada de la gran fiesta de armonización. Nos preparamos durante todo el año para celebrar al ritmo de la música y la danza, nuestro retorno hacia la

tierra húmeda. Es el momento señalado para que los guardianes de las semillas den la bienvenida al invierno del trópico.

Lo primero es ir a buscar el árbol que se encuentra escondido en las profundidades del bosque. El tronco se debe cortar, según han indicado los espíritus, y en su lugar, sembrar muchos más. Cada árbol posee dentro de sí, una personalidad. En esta ocasión el árbol que encontraron los guardianes era un abuelo. Estuvieron ofrendando para él música, chicha y *chaguasgua* que es un preparado de maíz molido. El árbol abuelo debía resembrarse en el lugar del ritual. Al tener energía masculina, las principales cargadoras debían ser mujeres guardianas. Así que con la fuerza femenina de la tierra las guardianas transportaron el árbol hasta la copa de la montaña donde nosotras las semillas esperamos. Los lugares señalados por los espíritus, para la resiembra, cambian. Así que, picos, abismos y cielos de todas partes del Cauca reciben al tronco en cada ocasión para que cuide las ofrendas que se brindan a la madre tierra durante la resiembra de ese tronco que llamamos Saakhelu.

Música, danza y chicha acompañan el momento agradeciendo por la fuerza y la tierra húmeda que vendrá. Se danza zapateando duro para que los espíritus escuchen y acompañen. Para que desciendan del espacio hasta la tierra en forma de cóndor, y en su vuelo, una los dos mundos del cielo y el subsuelo. En la danza, niñas y mayores crean formas de animales con alas y sin ellas. Gallinazos y culebras son venerados por guardianes y guardianas de todas partes. Mientras se danza se sueña. Se sueñan las cosechas con los tallos floreciendo. Se sueña el nacimiento rebelde en medio de la guerra. Se sueñan los colores de la comida. Se sueña la chicha de maíz y el árbol infinito. Se sueña la tierra libre para que todos los seres seamos.

El tronco que se alza es, entonces, un enlazador de mundos posibles donde seres invisibles, semillas, mujeres y hombres celebramos por la tierra que estará lista para recibirnos. Nacen igual el maíz y el guardián, por eso, alrededor del *Saakhelu* festejamos la fertilidad de todos los seres. Música de flautas y tambores suena todos los años durante tres lunas seguidas y se extiende su sonido hasta el siguiente año momento en el que el ciclo vuelve a empezar y otro *Saakhelu* hay que sembrar.

Cerro Tijeras,

Un Banquete por los Muertos de América

Durante el mes de noviembre todos nuestros muertos son bienvenidos en los pueblos del Cauca para el *Cxapuc*. Una gran celebración que tiene lugar para juntarnos vivos y muertos a brindar por el recuerdo. Desde por la mañana mayoras y niños preparan el alimento porque a nosotros la comida ni estando muertos nos puede faltar. Desde Silvia hasta Corinto indígenas Nasa y Misak preparan los platos más exquisitos de su buen comer. En el caso de los Misak masitas y chicha de Maíz; en el caso de los Nasa, sopa de Mote y gallina criolla. El alimento se prepara de acuerdo a la comida preferida del muerto que escucha en cada luna la música alrededor del fuego llamando al inframundo para el reencuentro. Se construye un gran altar en el que se colocan los nombres de los difuntos en papelitos alumbrados con velas, fotografías y lo que haga falta para sentirlos cerquita, una vez más.



En la noche, cuando ya todo está preparado aparecen las voces del pasado. Son nuestros familiares y amigos invocados para la fiesta y el abrazo. Danzamos y comemos con alegría por los cuerpos que se siembran para que otros seres nazcan; así, cumplimos el ciclo natural y regresamos a la tierra con gusto. El cuerpo es una casita que habitamos por un tiempo para después recorrer los caminos infinitos de la memoria convertidos en recuerdo y allí vivir para siempre.



Cada pueblo celebra a su manera por todas las almas que nos acompañan en los días y las noches. En Guambia pueblo de cebolla y amapola se pinta normalmente la montaña, cual si fueran flores, con el azul, rosa y naranja de los vestidos. Para la celebración del *Cxapuc*, grandes y pequeños hombres preparan trajes, máscaras, anacos, collares y todo lo que puedan conseguir para representar en el rito a la mujer Misak. Así que las montañas reciben a sus muertos no solo con los trajes femeninos sino también, vestidas con la fuerza de la representación de las mujeres sabias, protectoras del territorio. Esto sucede en la casa del Tulapmikyan (casa del pensamiento) en una de las noches de noviembre donde al ritmo del bambuco van ascendiendo los varones hasta la casa con sus trajes coloridos y sus rostros completamente cubiertos. Las mujeres de la casa y el resto de asistentes juegan a adivinar quién es quién mientras se danza, en rueda o en parejas, sin parar. De eso se trata el juego. De que los hombres bajo las faldas no revelen su identidad, por ende, además de su vestimenta la voz también la deben cambiar. A la mañana siguiente se discute sobre el tema y los posibles personajes pero en realidad nunca se sabe con certeza quienes son los misteriosos hombres disfrazados.



Dicen los Taitas que todo el mes de Noviembre es un portal que brinda la posibilidad de juntar la muerte con la vida. De allí la importancia de los rituales que durante estas lunas se celebran. Se recuerda, sin llorar, a los seres invisibles que nos acompañan en el pensamiento y se convierten en dioses de protección. Toda América celebra este ritual de culto a la muerte desde la resistencia al olvido. Guardamos a nuestros muertos en la sombra de las cosas y las casas, para no olvidar, porque en el largo camino donde muere uno mil amigos nacerán para jugar y reír y sembrar.

Guambia, Silvia

Mensajes del Viento

"...me mataron tantas veces
por levantarles la voz,
pero del suelo me paro,
porque me prestan las manos,
porque ahora no estoy solo,
porque ahora somos tantos".

(Victor Jara, 1972)

Hay muchas piedras en el centro del valle.
Piedras preciosas que se esconden en el pecho de las mujeres
y se extienden hasta el orificio entre sus piernas.
Piedras calientes que se cuecen en el fogón de leña
y murmuran entre ellas los secretos de las niñas;
piedras que acompañan el suave olor de la sangre.
La sangre que no se riega ni en los ríos ni en el desastre.
Sangre que se siembra junto con la piedra para que la planta amiga
se estire y estire el alimento.
Así nacen las piedras
en el centro del valle,
en el pecho de las mujeres fuertes que sueñan todos los días
con la luna libre.



* * *

La luna marca temporadas de creatividad y absorción. Crece y renace todo el tiempo. Comienza siendo niña y va creciendo hasta volverse madre. Su crecimiento nos afecta a todos. Por eso, cuando está más brillante aprovechamos para juntarnos; minga de palabreo y acción. Así se construye la vida aquí en el Cauca. Muy seguramente nuestros abuelos lo hicieron así, en época de luna madre.

* * *

Caminamos durante horas por la finca del terrateniente para llegar hasta la tulpa en el resguardo de *Las Mercedes*. Bajo los morritos de caña cortada, familias enteras de hongos nos acompañaron en la ruta. Brindamos en la tulpa alrededor del fuego que descubrió las paredes para mostrarnos las pintas. Con triángulos y rectángulos se iluminaron los números y nuestros rostros amarillos completaron el círculo. En el rito pudimos irnos sin movernos. Amanecimos en la duda y la cruzamos. Del otro lado, el sueño de la tierra libre nos mostró sus dientes: la libertad comienza en el cuerpo.

* * *

En la armonización los *piel roja* son como las luciérnagas, abren el camino y nos guían. A mí me habían dicho que entre más naranja la punta del cigarro, más limpia estaba la cabeza. El primero en lanzarlo fue el mayor y su peche, listo para morir, alumbro durante un buen rato naranja color sol. En una estampida sincronizada, los demás que estábamos allí, arrojamos los nuestros y fue igual de brillante que la marcha de la comida. En esta tierra la espiritualidad y el cuerpo lucido son las armas más poderosas con las que se cuenta. Los reflejos del abuelo rayo hablan mientras nosotros concretamos el ritual y damos entendimiento al porvenir.

